

LA RESURRECCIÓN DESDE UN PUNTO DE VISTA HISTÓRICO

Extracto del artículo “La autorrevelación de Dios en la historia humana: un diálogo sobre Jesús con N. T. Wright”



¿Qué evidencia hay para la Resurrección de Cristo?

Mi padre se leyó mi tocho “La Resurrección del Hijo de Dios” cuando tenía ochenta y tres años. Tardó tres días en leerse 700 páginas. Se lo leyó de un tirón, sin hacer nada más. Me llamó por teléfono y me dijo, “lo acabé”. Y yo le dije “¿qué?”. Y él dijo, “Sí, y empezó a gustarme de verdad a partir de la página 600”. Me pareció un cumplido perfectamente ambiguo. Mi padre solía trabajar en la industria de la madera. Le dije, “Padre, debes entender que las primeras 500 páginas, más o menos, son las raíces de todo el razonamiento, y si el árbol no tiene raíces, no podrá mantenerse en pie ni dará frutos”. Y él me dijo, “Sí, más o menos me imaginaba eso, pero a mí siempre me gustaron más las ramas de arriba”.

De todas formas necesito detenerme en las raíces un poquito. Una de las cosas que más disfruté cuando escribí aquel libro fue regresar a mis antecedentes clásicos e investigar las antiguas creencias sobre la vida después de la muerte, las creencias de los griegos y romanos y de los egipcios sobre la vida después de la muerte. Y hay una enorme gama de creencias sobre esto, pero la “resurrección” no figura entre las creencias del mundo grecorromano. De hecho, Plinio, Esquilo, Homero, Cicerón, y toda clase de escritores antiguos dicen, “*Por supuesto, sabemos que la resurrección no existe*”. Sin embargo, al mismo tiempo, los judíos habían desarrollado una teología muy específica sobre la resurrección: que el Pueblo de Dios sería corporalmente resucitado de entre los muertos en el final de los tiempos. El elemento “tiempo” es muy importante, porque la mayoría de los cristianos en el mundo occidental usan la palabra “resurrección” como una forma vaga de referirse a la “vida después de la muerte”, lo cual nunca fue su significado en el mundo antiguo. Siempre fue un término muy específico para lo que yo llamo vida “después” de la vida después de la muerte. En otras palabras, primero te mueres, estás muerto y

no corporalmente vivo, y luego eres “resucitado”, lo cual significa que comienzas una nueva vida corpórea, una nueva vida “después” de lo que sea que signifique “vida después de la muerte”.

Podemos seguir la pista del modo en que la creencia en la “resurrección” se desarrolla en el judaísmo. La resurrección es una secuencia de dos fases: justo tras morirte entras inmediatamente en un estado intermedio o de espera, y posteriormente adquieres una vida completamente nueva llamada “resurrección”. Pues bien, en el libro disfruté un montón dibujando un mapa de las creencias judías en la vida después de la muerte sobre el mapa más amplio de las creencias de la antigüedad sobre la vida después de la muerte en general. Y dentro del judaísmo en sí hay variaciones adicionales. Los fariseos creían en la resurrección, y parece que este era el pensamiento mayoritario en el judaísmo palestino en tiempos de Jesús. Los saduceos no creían en la vida después de la muerte en absoluto, y por supuesto tampoco en la resurrección. Y la gente como Filo, y quizás también los esenios (aunque eso es más polémico) creían en una inmortalidad incorpórea de una sola fase, en la cual, tras la muerte, simplemente vas [en alma] a donde quiera que vayas y te quedas allí, en lugar de experimentar una resurrección posterior.

Resulta que esto es tremendamente interesante porque en todas las sociedades que he estudiado al respecto, las creencias sobre la vida después de la muerte son muy conservadoras. Enfrentados a la muerte, la gente tiende a regresar a las creencias y prácticas que conocen, al modo en que se han realizado siempre las costumbres funerarias según el lugar del que proceden, sus tradiciones, su familia, su aldea, etc. Así pues es verdaderamente asombroso que todos los primeros cristianos que conocemos, hasta finales del siglo II en que los gnósticos empiezan a usar la palabra “resurrección” de un modo bastante diferente (pero dejaremos eso de lado) todos los cristianos primitivos que conocemos durante las primeras cuatro o cinco generaciones creyeran en una resurrección futura del cuerpo, incluso aunque la mayoría provenía del mundo pagano, donde esto era considerado como la más completa sandez.

Un mito moderno que circula hoy en día dice que únicamente nosotros, hijos de la ciencia de la Ilustración, hemos descubierto que los muertos no resucitan. La gente de aquellos tiempos, pobrecitos, no eran ilustrados, así que creían todo tipo de absurdos milagros. Pero esto es sencillamente falso. Una preciosa cita de

C.S. Lewis nos cuenta esto. Está hablando de la concepción virginal de Jesús y dice que la razón por la que José estaba preocupado por el embarazo de María no se debía a que no sabía de dónde venían los niños, sino a que lo sabía. Lo mismo pasa con la Resurrección de Jesús. Los pueblos de la antigüedad eran incrédulos ante la proclamación cristiana porque sabían perfectamente bien que cuando la gente se muere se queda muerta.

Pero nos encontramos ya desde el principio –y esto me resulta del todo fascinante- con que podemos ver en los primeros cristianos varias modificaciones sobre la creencia clásica judía con respecto a la resurrección. Primero, en lugar de una resurrección que le ocurrirá a todo el pueblo de Dios sólo al final de los tiempos, los primeros cristianos decían que ya le había ocurrido a una persona por anticipado. Y por lo que yo sé, ningún judío del siglo primero creía que una persona resucitaría antes que todos los demás. Así pues, esto fue una innovación radical, pero todos los cristianos lo creían.

Segundo, creían que la resurrección implicaría la “transformación” del cuerpo físico. Los judíos que creían en la resurrección se dividían en dos grupos. Algunos decían que se produciría un cuerpo físico exactamente igual al que tenemos, y otros decían que serían un cuerpo luminoso, uno que brilla como una estrella. Los primeros cristianos no decían ninguna de estas dos cosas. Ellos hablaban de un nuevo tipo de corporeidad –esto es muy evidente en Pablo, pero no sólo en Pablo- un nuevo tipo de encarnación que es tajantemente corpórea en el sentido de ser sólida y substancial, pero parece haber sido transformada de modo que ahora no es vulnerable al dolor ni al sufrimiento ni a la muerte. Y esto es una gran novedad. Esta imagen de la resurrección no procede del judaísmo.

Tercero, por supuesto, creían que el mismísimo Mesías había sido resucitado de entre los muertos, lo cual no creyó ningún judío de la época del Segundo Templo porque, según el judaísmo de la entonces, el Mesías nunca moriría. Así que esto era novedoso.

Cuarto, usaban la idea de “resurrección” de forma nueva. En el judaísmo, la idea había sido usada como una metáfora para “el regreso del exilio”, tal como lo encontramos en Ezequiel 37. Pero en el cristianismo temprano –y quiero decir muy temprano, como por ejemplo en Pablo- lo encontramos usado en conexión con el

bautismo, la santidad, y varios otros aspectos de la vida cristiana que no encajaban con el judaísmo y su uso de la “resurrección”. Esto muestra, una vez más, una innovación radical, una mutación del punto de vista judío.

Quinto, hallamos que para los primeros cristianos la “resurrección” se ve como algo a lo que el pueblo de Dios actual contribuye. Los cristianos son llamados a colaborar con Dios para ejecutar lo que se inició el Domingo de Resurrección y así anticipar el mundo nuevo al que Dios dará cumplimiento al final. También esto es bastante nuevo, pero sólo explicable como una mutación dentro del judaísmo.

Sexto, descubrimos que en la Iglesia primitiva la “resurrección” ha pasado de ser una doctrina más –importante, pero no tanto- que es lo que era en el judaísmo, a ser el punto central de todo. Elimínala de Pablo, por ejemplo, o 1 Pedro, el Apocalipsis o los grandes padres de la iglesia del siglo II, y habrás destruido todo su marco de trabajo. Hemos de concluir que algo debe haber pasado para traer la “resurrección” de la periferia al centro, al punto focal.

Séptimo, y por último, encontramos que en la Iglesia primitiva prácticamente no hay un espectro de creencias sobre lo que pasa después de la muerte. En el judaísmo hay varias perspectivas diferentes, y en el mundo pagano había multitud, pero en el cristianismo primitivo sólo hay una: la resurrección misma. Teniendo en cuenta lo conservadora que se vuelve la mayoría de la gente en su concepto de la vida después de la muerte, esto es realmente asombroso. Verdaderamente parece como si los primeros cristianos tuvieran una razón para replantearse incluso este asunto, el más íntimo e importante para cada uno. Y cuando miramos al espectro de la Iglesia primitiva, vemos que los primeros cristianos se pusieron en desacuerdo sobre muchos temas, pero eran sorprendentemente unánimes no sólo en la resurrección como creencia suya, sino también en cómo esa resurrección funciona y qué papel tiene en sus doctrinas. Todo esto se explica en mi libro con gran detalle.

Todo esto nos obliga a los historiadores a hacernos una pregunta bien sencilla: ¿Por qué todos los primeros cristianos que conocemos, desde los primeros momentos que nos consta evidencia, tienen esta nueva pero sorprendentemente unánime visión de la resurrección? Esa es una pregunta genuinamente interesante por derecho propio. Por supuesto, todos los primeros

cristianos que conocemos dirían, “*Tenemos esta visión de la resurrección debido a lo que creemos acerca de Jesús*”. Entonces, si la idea de que Jesús había resucitado de entre los muertos sólo comenzó a formarse 20 o 30 años después de su muerte, como muchos eruditos escépticos defienden, entonces encontraríamos entre los primeros cristianos muchas ramas en las cuales la resurrección no tendría mucha cabida. O, si incluyeran la resurrección, podría tener formas diferentes a la manera específica en la que se creía en la Iglesia primitiva. Por tanto, el amplio consenso que había entonces sobre la creencia en la resurrección nos fuerza a decir que forzosamente algo ocurrió por entonces, muy al principio, que dio forma y color a todo el primitivo movimiento cristiano.

Llegados a este punto hay que decir, “*de acuerdo, pero ¿y los textos del evangelio?*”. ¿Qué pasa con Mateo 28, ese corto pasaje en Marcos 16 y aquel más largo de Lucas 24, y el mucho más largo de Juan 20-21? Y, por supuesto, yo, como casi todos los estudiosos de los evangelios, creo que esos textos se escribieron mucho más tarde. En realidad no sé cuándo se escribieron los evangelios. Nadie lo sabe, aunque los estudiosos no dejan de decirnos que ellos sí que lo saben. Podrían haber sido escritos a mediados del siglo I –incluso antes según algunos. Podrían haber sido escritos en los años 70 u 80, o incluso en los 90 a decir de otros. Pero para mi argumento, eso ahora no tiene ninguna importancia.

La cuestión es esta: Las narraciones sobre la Resurrección del evangelio (y el material relacionado del principio del libro de Hechos) tienen ciertos puntos clave, comunes a los cuatro, que demuestran históricamente que, aunque fueran escritos más tarde, todos se basan en una temprana tradición oral que ha sufrido pocas alteraciones; la narración está algo cambiada, pero no alterada en lo substancial. Esto ciertamente es de una enorme importancia.

La primera característica es el retrato que se hace de Jesús en las narraciones de la Resurrección. Se ha dicho sin cesar (y cuando estaba investigado para mi tocho acabé cansado de leer a los estudiosos diciéndolo) que (1) Marcos se escribió primero y no cuenta casi nada de la Resurrección; (2) Mateos vino después, y no aporta mucho más y luego; (3) hacia finales de siglo se escribe Lucas y Juan, y es sólo entonces cuando encontramos historias sobre Jesús comiendo pescado asado, preparando el desayuno en la orilla, animando a Tomás a que lo tocara, etc. Según esta teoría,

a finales de siglo había cristianos que empezaron a creer que Jesús no era verdaderamente humano, que no era un auténtico hombre, y por eso Lucas y Juan se inventaron esas historias por entonces para decir, sí, era verdaderamente hombre, el Jesús resucitado tenía forma corpórea, etc.

El problema con esta teoría –que, como digo, ha sido muy popular– es que esas narraciones (sobre Jesús preparando el desayuno en la orilla, partiendo el pan en Emaús, invitando a Tomás a tocarle, etc.) presentan también a ese mismo Jesús entrando y saliendo a través de puertas cerradas, a veces siendo reconocido y a veces no, apareciendo y desapareciendo a voluntad, y finalmente ascendiendo a los cielos. Digámoslo así, si yo tuviese que inventarme una narración en el año 95, por ejemplo, porque pensara que alguna de mi gente no estaba del todo segura de si Jesús era realmente un ser humano de carne y hueso, no metería todo ese material. Sería como marcar un gol en mi propia portería.

Desde el otro punto de vista, si fueras un judío del siglo primero con intención de inventarte una historia acerca de Jesús resucitando de entre los muertos, la fuente bíblica natural para ti sería Daniel 12, que es uno de los grandes textos sobre resurrección del judaísmo de la época del segundo templo. Daniel 12 dice que los justos brillarán como estrellas en el Reino de su Padre. De hecho, Jesús cita eso en un pasaje de Mateo 13. Por todo eso es tanto más fascinante que ninguna de las narraciones de la Resurrección tenga a Jesús brillando como una estrella. Debería haber ocurrido así en el supuesto de que se lo estuvieran inventando a partir de las Escrituras.

Por tanto, desde ambos puntos de vista, el retrato de Jesús en las historias de la Resurrección es muy muy extraño. No es lo que te esperarías. No hay ninguna descripción como esa en las narraciones judías de la época. Y sin embargo, sorprendentemente, es consistente tanto en Mateo como en Lucas y en Juan (Marcos es demasiado corto como para saber qué habría dicho de seguir contando). Algo muy extraño ha ocurrido. Parece como que los evangelistas estuviesen intentando decirnos: *“Sé que te va a resultar muy difícil de creer, pero eso es lo que ocurrió en realidad”*. Algo extraordinario ha ocurrido y ha dejado sus huellas en las narraciones. La gente no se habría sacado esas cosas de la manga. Cualquiera que escribiese historias inventadas sobre la

Resurrección, habría descrito a un Jesús más claramente reconocible.

Permítanme decir algo en un aparte. Si tomas las narraciones de Mateo, Marcos, Lucas y Juan en el griego original y las comparas entre sí, son bastante diferentes –incluso cuando están contando la misma parte de la historia sobre las mujeres que van a la tumba, etc. Utilizan diferentes palabras una y otra vez. Así que no parece que se hayan copiado unos de otros.

La segunda cosa es que hay una casi total ausencia de ecos y alusiones al Antiguo Testamento en las narraciones de la Resurrección. En las narraciones de la crucifixión, está claro que la historia de la muerte de Jesús ha sido contada repetidamente por los primeros cristianos, y está entrelazada con Salmos 22, Isaías 53, Zacarías y otras alusiones del Antiguo Testamento, incluso el mismo episodio del enterramiento. Pero entonces pasas la página a la narración de la Resurrección y no encuentras nada de esto en Mateos, Marcos, Lucas o Juan (y recordemos que Pablo ya había dicho en 1 Corintios 15 que Cristo ha resucitado de entre los muertos “según las Escrituras”, -Al principio de los años 50 Pablo ya tenía todo un arsenal de textos del Antiguo Testamento para interpretar la Resurrección). Habría sido muy fácil para Mateo, que le encanta hablarnos del cumplimiento de las Escrituras, decir, “*Esto ocurrió para que se cumplieran las escrituras que dicen...*” Pero Mateo no hizo eso. Juan dice que cuando los discípulos fueron a la tumba aún no sabía que las Escrituras anunciaron que debía resucitar de entre los muertos. Pero en realidad no cita la escritura ni nos dice cuál era. Y en la calzada de Emaús, Lucas muestra a Jesús explicando las Escrituras, pero una vez más, Lucas tampoco nos dice qué escrituras son ni qué decían de Jesús.

Esto es muy extraño. O bien nos vemos obligados a decir que la Iglesia primitiva escribió las narraciones de la Resurrección repletas de reflexiones del Antiguo Testamento y que Mateo, Marcos, Lucas y Juan trabajaron independientemente y eliminaron esas referencias, o bien tenemos que decir que esas historias proceden mayormente de una tradición oral temprana que precede a las reflexiones teológicas y exegéticas posteriores. A mi juicio, la segunda posibilidad es, con mucho, la más probable.

El tercer rasgo fascinante de las narraciones es el lugar que ocupan las mujeres (Este punto es bien sabido, no es nada original mío). En

el mundo antiguo, judío y pagano, las mujeres no eran testigos creíbles en un tribunal de justicia, y ya en la época en que Pablo cita la tradición pública sobre Jesús en 1 Corintios 15, dice: *“Así es la historia tal como la contamos. Él fue crucificado por nuestros pecados, según las escrituras, resucitó al tercer día, según las escrituras, y luego fue visto por...”* –y entonces tiene una lista de hombres- *“Cefás, por Santiago, por los otros primeros discípulos, por quinientos a la vez, y por último, yo”*. Y nosotros levantamos la mano y preguntamos: *“Disculpe, Pablo, ¿dónde están las mujeres?”* La respuesta es que, ya a principios de los años 50, la tradición pública ha prescindido de las mujeres en el relato de los hechos, porque la tradición pública sabía que se iban a meter en problemas. Y sabemos el problema en el que se metieron cuando leemos a Celso, quien un siglo más tarde se burla de la Resurrección diciendo: *“Esta fe no se basa más que en el testimonio de unas cuantas mujeres histéricas”*.

Por eso es fascinante que en Mateo, Marcos, Lucas y Juan aparezcan María Magdalena, las otras Marías y las otras mujeres. Y precisamente María Magdalena (sabemos que había tenido una vida muy accidentada) es la elegida como testigo principal: ahí está ella en las cuatro narraciones. Como historiadores estamos obligados a comentar que si estas historias hubieran sido fabricadas cinco años más tarde -y no digamos treinta, cuarenta o cincuenta años más tarde- nunca habrían dado a María Magdalena ese protagonismo. Desde el punto de vista de los cristianos apologistas intentando explicar a un público escéptico que Jesús verdaderamente ha resucitado de entre los muertos, poner a María Magdalena en ese papel es como pegarse un tiro en el pie. Pero para nosotros como historiadores, este tipo de cosas vale su peso en oro. *Los primero cristianos nunca, jamás, se habrían inventado algo así.* Las historias –de las mujeres hallando una tumba vacía y luego encontrándose con el Jesús resucitado- deben ser consideradas sólidamente históricas.

Y llegamos al cuarto y último rasgo fascinante de los relatos. Aquí voy a hablar como sacerdote que ha predicado muchas veces sobre el Domingo de Resurrección durante los últimos treinta y cinco años. Los predicadores de la tradición occidental que predicán en Pascua sobre Jesús resucitando de entre los muertos, tienden a predicar sobre nuestra propia vida futura, nuestra propia resurrección, nuestro propio viaje al cielo. Pero en las narrativas de la Resurrección de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, no hay ninguna

referencia a nuestra vida futura. Y luego en el libro del Apocalipsis encontramos ya el enlace entre nuestra resurrección y la Resurrección de Jesús. Justino Mártir, Ignacio de Antioquía e Ireneo, junto con toda la Tradición, todos coinciden: “*Reflexionamos en la Resurrección de Jesús para reflexionar en la nuestra propia*”.

Pero Mateo, Marcos, Lucas y Juan no dicen, “Jesús ha resucitado, por tanto nosotros también resucitaremos un día”. Ellos dicen –y esto a menudo sorprende a la gente: “Jesús ha resucitado- por lo tanto Él verdaderamente era el Mesías. La nueva creación de Dios ha comenzado. Tenemos trabajo que hacer. Y, lo que es más, nos encontramos llamados a adorar a este Jesús, porque descubrimos que ha encarnado al Dios de Israel, el creador del Universo.” En otras palabras, esas historias, tal como las encontramos en los Evangelios, se basan en una versión primitiva de la historia que aún no ha llegado al punto de elaboración en el que se dice: “Cristo ha resucitado, por tanto nosotros también resucitaremos”, tal como luego encontramos ya sólidamente argumentado a partir de Pablo desde principios de los años 40. Por tanto debemos concluir que estas narraciones proceden de una tradición muy anterior a Pablo, en una época en la que vemos a la Iglesia muy muy temprana totalmente conmocionada por este acontecimiento absolutamente inesperado que es la Resurrección, e intentado averiguar cuál es su significado.

De todo esto saco yo varias conclusiones. Para explicar el surgimiento del cristianismo primitivo, para explicar la existencia de esos cuatro relatos de la Resurrección más los trozos que aparecen en Hechos y en Pablo, tenemos que admitir que los cristianos ya desde el principio realmente estaban convencidos de que Jesús había resucitado en carne y hueso de entre los muertos. No nos consta que ninguno de los primeros cristianos pensara de otra forma. ¿Pero cómo podemos los historiadores explicar eso?

Obviamente, como cristiano, puedes atajar este argumento fácilmente. Muchos cristianos lo han hecho, y más bien es una pena porque no entienden cuál es la cuestión fundamental. A menudo la gente dice: “Pues claro, era el Hijo de Dios. Podía hacer cualquier cosa. Tiene sentido, ¿no?”.

Pero yo no quiero hacer eso. Quiero ser fiel a los propios textos, los cuales no dicen eso. Tenemos que preguntarnos: ¿Cómo explicarnos este fenómeno tan extraordinario, para empezar, el

hecho de que propio cristianismo apareciera con la forma que tiene y contando las historias que cuenta? Buscando explicaciones históricas, encuentro que dos cosas muy peculiares deben haber sucedido: (1) tiene que haber existido una tumba vacía que sin lugar a dudas sabían que era la tumba correcta; de ninguna manera podría haber habido la posibilidad de error; (2) tiene que haber habido apariciones del Jesús resucitado. Ambas cosas tienen que haber ocurrido.

¿Por qué? Porque si simplemente hubiera habido una tumba vacía pero ninguna aparición, todo el mundo en la antigüedad habría sacado la conclusión evidente (evidente para ellos, no tanto para nosotros): ladrones de cadáveres. Las tumbas eran frecuentemente saqueadas, sobre todo si la gente era rica o famosa; podría haber joyas dentro, podría haber algo de valor. Así que habrían dicho lo que dijo María Magdalena: “*Se han llevado el cuerpo. No sé qué han hecho con él*”. Si lo único que hubiera sucedido fuera la tumba vacía, no habrían hablado nunca de la resurrección.

Del mismo modo, no puedes explicar los datos históricos que hemos visto diciendo simplemente que los discípulos deben haber tenido algún tipo de experiencia que ellos interpretaron como un encuentro con Jesús. Ellos sabían que a Jesús lo habían matado. Y también sabían que había alucinaciones, fantasmas y visiones. La literatura antigua –tanto judía como pagana– está llena de tales cosas. Ya lo encontramos en Homero, aparece en Virgilio, está por todas partes. Recientemente algunas personas, en un esfuerzo por demostrar que la Resurrección no pudo tener lugar, han intentado decir algo así como: “Bueno, cuando un ser querido se muere, a veces los ves en la habitación contigo, sonriéndote, o incluso hablándote, y luego desaparecen otra vez. A lo mejor eso es lo que les pasó a los discípulos”. Y es cierto, He leído artículos sobre eso. Es un fenómeno bien documentado que forma parte del proceso de duelo, y eres libre de explicarlo como prefieras. Pero el tema es que *los primeros cristianos también conocían esos fenómenos*. Sabían perfectamente que existían visiones, alucinaciones, sueños, fantasmas, etc. En otras palabras, si hubieran tenido esa experiencia de estar con Jesús, por muy vívida que pareciera, pero la tumba no hubiera estado vacía, entonces habrían dicho: “Dios mío, ha sido una experiencia muy intensa y en cierto modo consoladora, pero por supuesto no ha resucitado de entre los muertos porque los muertos no resucitan (hasta que todos los

muerdos resuciten en el fin de los tiempos) –y en cualquier caso, allí está su cuerpo en la tumba”.

Llegados a este punto necesitamos recordar la forma en que los judíos enterraban a sus muertos por entonces. La mayoría de los enterramientos judíos en Palestina en esa época se hacían con el método de las dos fases. Primero envuelves el cuerpo en tela, con muchas especias, y lo colocas en una losa dentro de la tumba excavada en la roca o incluso en el sótano de la casa. No se los “entierra” en el sentido que le damos hoy en occidente, en una tumba excavada en el suelo y luego cubierta de tierra, porque luego tendrías que volver para recoger los huesos una vez toda la carne hubiera sido descompuesta (para eso usaban las especias, por el olor de la descomposición; no se tomarían las molestias ni el alto precio de las especias si fueran a poner el cuerpo bajo tierra). Luego, cuando toda la carne se ha descompuesto recoges los huesos y los metes en un osario (una caja para huesos) que guardarías en un *loculus* (un pequeño nicho al fondo de la tumba) o en algún otro lugar conveniente. Los arqueólogos no dejan de desenterrar osarios en Jerusalén, docenas de ellos, cada vez que se construye una nueva carretera o un nuevo Hotel Hilton o se construye una nueva urbanización. Los arqueólogos tienen cientos, miles de ellos.

Esta es la cuestión. Si el cuerpo de Jesús hubiera permanecido en la tumba, los discípulos lo hubieran sabido fácilmente, y entonces hubieran dicho: “Aunque estas alucinaciones que estamos teniendo son muy fuertes, no ha resucitado de entre los muertos”. Por tanto, los historiadores tenemos que decir que realmente debió haber una tumba vacía y que realmente debió haber apariciones o, si lo prefieres, encuentros con alguien que pudieron identificar como Jesús, incluso aunque mostrara una apariencia impredeciblemente transformada de manera extraña y de una manera que a nosotros, como lectores, nos resulta confusa.

Y finalmente llegamos al movimiento final de esta partida de ajedrez: ¿Como yo, cómo historiador, explico estos dos hechos tal como creo que sucedieron: la tumba vacía y las apariciones y visiones de Jesús? La explicación más sencilla con mucho es que estas cosas sucedieron porque Jesús verdaderamente resucitó de entre los muertos y los discípulos verdaderamente se encontraron con él, incluso aunque su cuerpo estaba renovado y transformado de modo que ahora parecía poder habitar dos dimensiones a un

tiempo (eso es posiblemente la mejor manera de entender el fenómeno: Jesús estaba ahora habitando en la dimensión de Dios y en la nuestra, o si lo prefieres, en el cielo y en la tierra simultáneamente).

La Resurrección de Jesús de hecho proporciona explicación suficiente para la tumba vacía y el encuentro con Jesús. Tras examinar todas las otras opciones posibles que he leído por todas partes, creo que esta también es la explicación necesaria.

Del artículo de N.T. Wright, título original: "The Self-Revelation of God in Human History: A Dialogue on Jesus with N.T. Wright", publicado por Antony Flew en su libro: "There Is A God: how the world's most notorious atheist changed his mind".

Traducción: Angel Castaño